

UTOPIÁS

El declinar de la utopía urbana y el triunfo de la estadística

RESUMEN

Desde que Tomás Moro publicó su *Utopía*, el término se ha asociado sistemáticamente a innumerables propuestas urbanísticas que, por uno u otro motivo, son consideradas visionarias o imposibles de realizar. El artículo muestra, en forma somera, una parte del mundo de la utopía urbanística occidental, incluida la visión pesimista que se refleja en la novela y en el cine. El título indica la conclusión a la que se llega. En el mundo contemporáneo del capitalismo la estadística suplanta la imaginación utópica. El mundo no se puede transformar, simplemente se repite.

ABSTRACT

The Decline of the Urban Utopia and the Triumph of Statistics

Ever since Thomas More published the *Utopia*, the word has systematically been associated with innumerable urban proposals which, for one reason or another, are considered visionary or impossible. This article shows, broadly, one part of the world of Western urban utopia, including the pessimistic visions reflected in novels and film. The title suggests the conclusion. In today's capitalist world, statistics have replaced utopian imagination. The world cannot be transformed; it can only be repeated.

PALABRAS CLAVES:

Utopía, pensamiento utópico, ciudades ideales, ciudad moderna, futurismo.

EL AUTOR:

Arquitecto. Coordinador Académico del Programa de Maestría en Historia y Teoría del Arte y la Arquitectura de la Facultad de Artes de la Universidad Nacional de Colombia. Investigador de temas urbanos y arquitectónicos en la Corporación Archivos de Arquitectura Colombiana. Entre sus últimos libros están: *Arquitectura y cultura en Colombia*, *Arquitectura fin de siglo* (1994), *Bogotá siglo XX. Urbanismo, arquitectura y vida urbana* (2000).
E-mail: alsaldar@hotmail.com

Cuando Tomás Moro escribió y publicó, entre 1515 y 1516, su libro *Utopía*, no calculó que el nombre del país imaginario que describía sería adoptado posteriormente como la denominación de lo imposible. No era esa su intención. Moro esbozó, por el contrario, un modelo posible de sociedad y, de paso, hizo una crítica a la sociedad inglesa de su tiempo. Utopía tiene hoy un sentido curiosamente contradictorio, se aplica a toda propuesta que por ser tan buena es inalcanzable. Ser utópico es ser visionario, soñador y ser al mismo tiempo un proponente de imposibles.

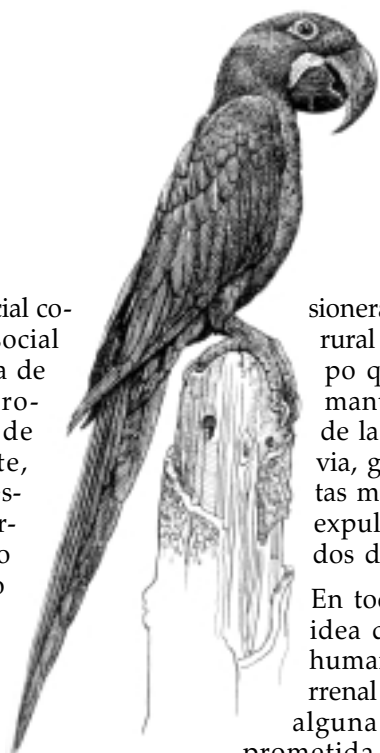
En el país descrito por Tomás Moro había 54 ciudades, todas ellas idénticas. Amanote, la capital, estaba dividida en cuatro cuartos, con calles anchas y rectas, bordeadas por edificaciones de tres pisos de altura, con ventanas de vidrio. Cada 30 casas debían disponer de un edificio comunal de generosas proporciones¹. En este planteamiento Moro adoptó ideas ya vigentes en ese momento. En los círculos intelectuales italianos circulaban varias propuestas de ciudades ideales, originadas en la intersección de una idea de arquitectura y de una idea de sociedad. La forma urbana debía reflejar una sociedad ideal, fuera democrática o autocrática y ésta, a su vez, debía manifestarse en el espacio de la ciudad. La forma urbana podía incluso inducir la formación de una mejor sociedad. Antes de la publicación de *Utopía* Antonio de Filarete y Leon Battista Alberti habían prefigurado ciuda-

¹ Ian Tod y Michael Wheeler, *Utopia*, Nueva York, Harmony Books, 1978, pág. 30.

des en las que el orden espacial correspondía con un orden social ideal o idealizado. Esa forma de pensar adquirió nuevas proporciones en la *Utopía* de Moro. De ahí en adelante, pensar la ciudad como el escenario ideal de nuevas formas de vida social ha sido una constante en el mundo occidental. De una u otra forma se ha insistido y se insiste todavía en lograr ese punto de encuentro.

Las Ordenanzas de Poblaciones expedidas por Felipe II de España en 1573, conocidas como las Leyes de Indias, prefiguraron no una sino cientos de ciudades posibles. Para ese año ya se habían fundado en América muchas ciudades que seguían un modelo más o menos uniforme: una trama formada por calles rectas y manzanas cuadradas, con un vacío central para la plaza mayor. Al condensarse esa traza en las Ordenanzas se estableció una forma ideal de ciudad que se aplicó más o menos juiciosamente en los siglos siguientes. La explicación del origen de esa traza se remonta ahora hasta un sacerdote catalán, Francesc Eiximeniç, quien a fines del siglo XIV escribió una enciclopedia llamada *El Crestiá* en la que propuso un modelo de ciudad ideal cristiana de planta cuadrada, dividida en cuatro cuartos, con una plaza central y cuatro plazas menores en cada cuarto de ciudad². La cristiandad se reflejaba, posiblemente, en el control social ejercido por la Iglesia sobre los habitantes, cosa que de hecho se ejercía a través de métodos bastante atrevidos, como la Santa Inquisición. Según esto, la ciudad ideal de Eiximeniç se anticipó en más de medio siglo a las propuestas italianas y la ciudad hispanoamericana fue, en cierta forma, la concretización de esa utopía.

Las misiones jesuíticas de Bolivia y el Paraguay ocupan un lugar muy especial en la antología mundial de las utopías. Establecidas las más importantes en la cuenca alta de los ríos Paraná y Uruguay desde el siglo XVII, las fundaciones misioneras, regentadas en su mayoría por sacerdotes alemanes y conocidas como el Estado *jesuítico*, fueron pequeños mundos en los que los indígenas, agrupados en frente de la iglesia mi-



sionera, trabajaron en una economía rural altamente productiva, al tiempo que aprendían música y artes manuales. Los archivos musicales de la misión de Chiquitos, en Bolivia, guarda parte del legado de estas misiones que terminaron con la expulsión de los jesuitas a mediados del siglo XVIII³.

En todo este trayecto se percibe la idea de trasladar al mundo de los humanos la idea de un paraíso terrenal en el que se podía reflejar, de alguna manera, la felicidad eterna prometida para quienes alcanzaran la eternidad. En la poesía popular alemana, recopilada por Achim Arnim y Clement von Brentano en *El cuerno mágico del joven*, se encuentra una cándida versión del goce celestial, que fue aprovechada por Gustav Mahler para el final de su cuarta sinfonía. En ella se describen algunos de los placeres que se encuentran en el más allá: cantos y bailes, abundante comida, con una que otra bebida, deliciosas frutas y coros de voces celestiales dirigidos, nada menos, que por santa Cecilia. En estos versos populares se invierte el raciocinio. El cielo se parece a la tierra, allá se disfruta de aquello de lo que aquí se careció⁴.

Las propuestas de algunos reformadores sociales europeos formuladas en los comienzos de la era industrial se listan también en el campo de las utopías. Robert Owen, el primero de ellos, propuso las *aldeas de la armonía y la cooperación*, mezcla de ruralidad y urbanidad. Charles Fourier propuso por su parte un modelo social y espacial colectivizado, el *Falansterio*, como la nueva célula para formar la sociedad ideal. Estas reformas, alentadas por las ideas socialistas tempranas, enunciaron posibilidades que, de haberse concretado a gran escala, hubieran transformado el perfil social del mundo. El capitalismo en pleno crecimiento las relegó al cajón, bastante abultado, de las buenas intenciones⁵.

En el ámbito de la modernidad la expectativa de alcanzar un óptimo estado social tuvo su eco en diversas propuestas urbanísticas. La nueva ciudad, adecuada para una sociedad moderna, fue objeto de diversas miradas que buscaron, como en el pasado, alcanzar ese estado especial de conjunción entre lo espacial y lo social. Vistas origi-

² Jaime Salcedo, *Urbanismo hispano-americano. Siglos XVI, XVII y XVIII. El modelo urbano aplicado a la América española*, Bogotá, Centro Editorial Universidad Javeriana, 1996.

³ Véase *Las misiones jesuíticas de Bolivia*, Martin Schmid 1664-1772, catálogo de exposición, Santa Cruz de la Sierra, 1996.

⁴ Véase Deryck Cooke, *Gustav Mahler. An Introduction to his Music*, Londres, Faber & Faber, 1980.

⁵ Véase Leonardo Benevolo, *Historia de la arquitectura moderna*, Barcelona, Gustavo Gili, varias ediciones.



nalmente como posibilidades alcanzables, al cabo de los años pasaron a ser calificadas como utopías. Su base común fue la idea de una sociedad racionalmente ordenada y controlada, en la que una gran masa de población habitaría en edificaciones repetitivas ordenadas funcional y técnicamente en territorios debidamente planificados. En ninguna de las visiones ideales de la ciudad moderna se definió explícitamente el carácter de su sociedad como *capitalista* o como *socialista*. La sociedad ideal para habitarlas parecía combinar las ventajas del individualismo de una y del colectivismo de otra. La ambigüedad se ha prestado para interpretaciones muy distintas.

La lista de visiones ideales de la ciudad moderna es bastante larga. Ebenezer Howard propuso en su *Ciudad-Jardín* una red de ciudades organizadas en medio de bosques y cultivos. En la *Città Nuova*, propuesta en 1914 por Antonio Sant'Elia, se representó en unos pocos dibujos la posibilidad de construir una estructura urbana realmente nueva, a partir de los principios radicales del Futurismo italiano, con su atracción por las máquinas y su rechazo del pasado de la ciudad. La *Ville Contemporaine* de Le Corbusier y *Broadacre City* de Frank Lloyd Wright representaron por su parte dos visiones posibles de la nueva espacialidad urbana, la de edificios en altura en medio de grandes parques y la de casas suburbanas rodeadas de jardines. Ambas eran propuestas democráticas, en el sentido de abogar por una sociedad igualitaria. Wright fue explícito en asociar la *democracia* con la sociedad individualista de los Estados Unidos. Su ciudad fue la celebración del sueño americano.

Una segunda fase de las visiones de la ciudad en el siglo XX se conoce con el nombre genérico de las *utopías futuristas* de los años 70. En una sucesión sorprendente, se acumularon en pocos años diversas propuestas de grandes estructuras urbanas verticales o megaestructuras destinadas a alojar poblaciones numerosas. Los nombres revelaron las intenciones subyacentes: por ejemplo el *Urbanismo espacial* de Yona Friedman, la *Plug-in City* del grupo inglés Archigram y la *Ciudad Metabólica* de los ar-

quitectos japoneses. En la *Arcología* de Paolo Soleri, una de las últimas utopías urbanas, se revivió la conjunción

de los dos elementos tradicionales, la sociedad y la arquitectura, y se añadió un tercero, el ecológico. Sustentada en densos planteamientos filosóficos, la arcología es, a ojos de Soleri, la alternativa que hace posible la existencia de la humanidad del futuro. Las grandes estructuras iniciales se resumen ahora en la construcción de un micro-experimento, la ciudad de Arcosanti en Arizona, Estados Unidos⁶. Curiosamente, este experimento no se incluye habitualmente en los recuentos de las propuestas avanzadas de la arquitectura actual.

Uno de los aspectos interesantes de las primeras ciudades ideales fue el de proponer alternativas sociales y urbanas coordinadas. Las ciudades-estado italianas parecían ser la cuna perfecta de esas sociedades ideales. El gobernante y la ciudadanía eran los responsables de dar forma a la ciudad. Unos cuantos siglos después se estableció la democracia como la mejor forma de gobierno. Ya no habría ciudades para los déspotas o para los tiranos. De ahí que en las propuestas modernas se haya asumido la democracia como el fondo social de las nuevas ciudades. Y la democracia ahora está sujeta a serias evaluaciones, por la manera como es manejada por las estructuras de poder en el mundo capitalista⁷.

Italo Calvino escribió el libro que puede considerarse la mejor antología de utopías urbanas posible, *Las ciudades invisibles*. En un lenguaje que sólo los iniciados pueden descifrar del todo, Calvino retrata las ciudades descritas por Marco Polo al Khublai Khan al llegar de sus viajes, para comprobar si ellas corresponden con aquellas que el gobernante ha imaginado. El Khan dice: "He construido en mi mente una ciudad modelo de la cual pueden deducirse todas las ciudades posibles". A lo cual responde Marco Polo: [...] "Yo también he pensado en una ciudad modelo de la cual deduzco todas las otras. Es una ciudad hecha sólo de excepciones, exclusiones, incongruencias y contradicciones. Si tal ciudad es improbable, al reducir el número de sus elementos aumentamos la posibilidad de que ella exista realmente. Así sólo tengo que sustraer excepciones de mi modelo y, en cualquier dirección que proceda, llegaré a una ciudad que siempre existirá como

⁶ Véase Paolo Soleri, *Arcology. The City in the Image of Man*, Cambridge, MIT Press, 1970.

⁷ Véase José Saramago, *Ensayo sobre la lucidez*, Bogotá, Alfaguara, 2004.

una excepción". De esta forma Calvino ironiza sobre la validez de la polaridad convencional entre la ciudad ideal y la ciudad real y favorece la excepción por encima de la regla⁸.

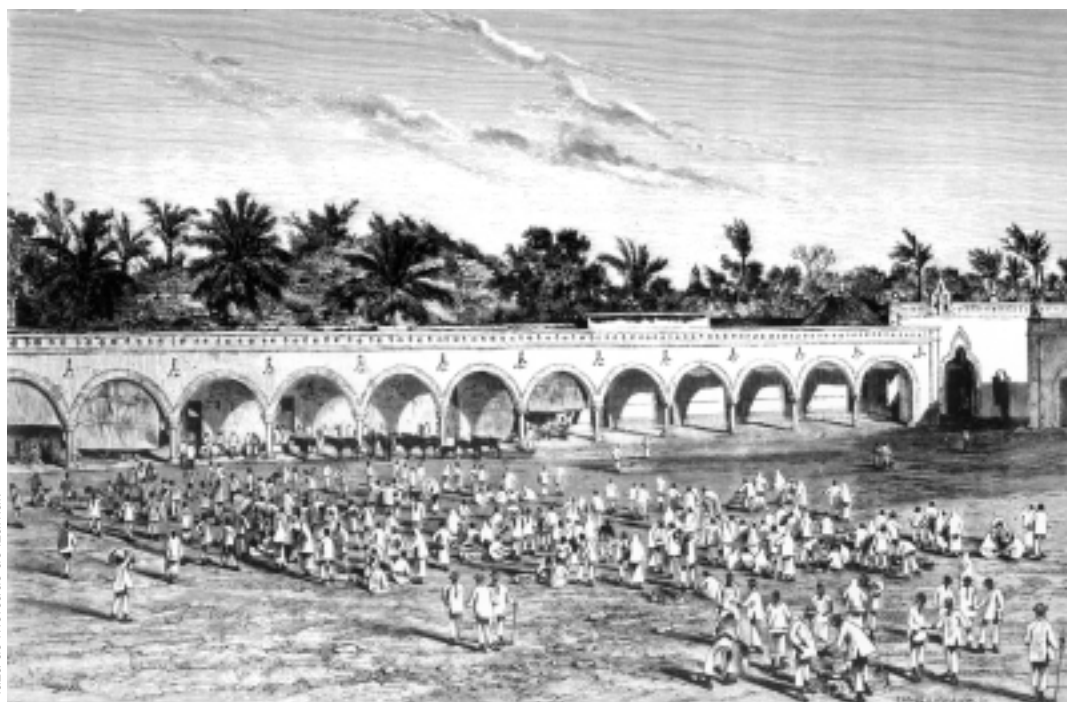
Las ciudades ideales del Renacimiento no tuvieron un propósito futurista, sólo representaron un presente posible. Algo semejante sucedió con el modelo de ciudad ordenado por la Corona española para sus fundaciones en América. La visión moderna de la ciudad tuvo en cambio un contenido profético. La ciudad podía llegar a ser algo nuevo y arrastraría consigo la sociedad en su renovación. Al perderse de vista esa posibilidad optimista hoy se acepta, casi incondicionalmente, que la ciudad del futuro será una amplificación estadística de la situación actual. La ciudad del presente, con sus virtudes y defectos, parece ser la única opción en la definición del futuro. Cuando el presente es aceptable, el futuro puede ser problemático. ¿Que sucederá entonces con los presentes desastrosos? Las predicciones no son halagüeñas.

Fuera del ámbito del urbanismo y de la arquitectura las propuestas visionarias han sido menos optimistas. Aldous Huxley y George Orwell propusieron, en sus libros, visiones negativas de la sociedad futura en las que el grado de control social llega a los límites de la selección genética y el control de la intimidad. En los escritos de ciencia-ficción se han dibujado extraños perfiles del futuro en los que aspectos negativos del mundo contemporáneo se amplifican hasta alcanzar estados delirantes. En ese mundo ficticio se reflejan las incertidumbres del mundo moderno y se ratifica la idea de un proyecto humano inacabado.

Eso lleva a preguntarse: ¿es la modernidad una utopía?

Un ejemplo de visión negativa del futuro es *Blade Runner*, la sombría película del director inglés Ridley Scott. El argumento se desarrolla en la ciudad de Los Angeles hacia la segunda década del siglo XXI, visualizada como una gigantesca masa densamente poblada por enormes edificios que parecen superponerse unos sobre otros, en medio de chorros de humo y llamaradas. Los espacios urbanos son grietas profundas, saturadas de avisos luminosos que cubren sus costados con propagandas de toda índole. En los pisos más altos de los edificios piramidales habitan los magnates, los dueños del dinero y del poder transnacional. En el suelo, en calles oscuras y destrozadas, mojadas por una lluvia constante, entre puestos de ventas callejeras pulula una multitud abigarrada, acosada por pandillas de diversas especies que se enfrentan con grupos de vigilancia igualmente violentos. En todo esto existe una mezcla incongruente de pasado y presente. En los ventorrillos callejeros hay computadores electrónicos, en los inmensos apartamentos de los ricos hay antigüedades y un halo de nostalgia. En todo se percibe un aire enrarecido de decaimiento y violencia, de caos y conflicto. Scott, también sin proponérselo, creó una imagen peligrosamente real de la ciudad futura.

La mítica ciudad de *Blade Runner* es, en más de una forma, la proyección estadística de los defectos de la megaciudad norteamericana del presente. En ese sentido la película pone de presente algo que subyace en el pensamiento urbanístico contemporáneo, la convicción de la derrota de la utopía



Plaza de mercado de Izamal.

⁸ Italo Calvino, *Las ciudades invisibles*, Barcelona, Minotauro, 1985.

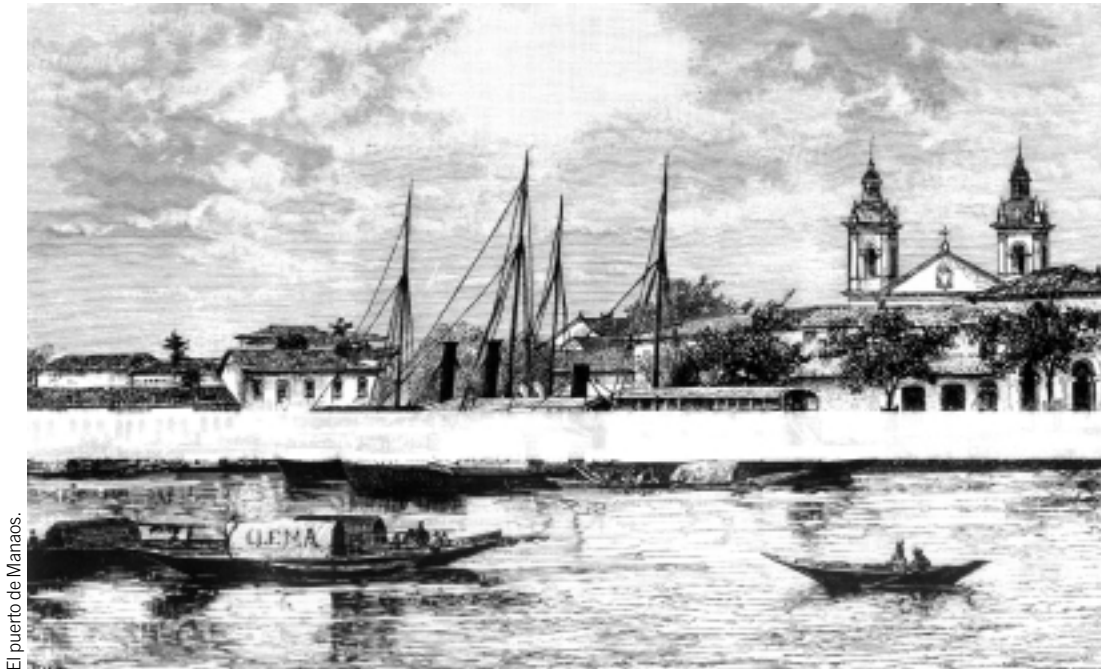
frente al triunfo de la estadística, convertida en una dictadora de acontecimientos, capaz de predecir el futuro. En manos de políticos, economistas y publicistas, las estadísticas son hoy un instrumento útil para probar lo que conviene y para orientar la mentalidad colectiva en el sentido deseado. Proyectar estadísticamente el futuro de una ciudad es arriesgado. Es posible hacer predicciones demográficas y demostrar tal o cual tendencia de expansión o de transformación. Pero el destino de la ciudad no es cuantificable matemáticamente. La fe ciega en las tendencias, presente en muchos planes urbanos, conduce en más de una ocasión a la ratificación de los errores y la negación de mejores opciones, las que caen dentro del calificativo despectivo de utopías.

Algo parece quedar en claro hasta ahora. La utopía trata casi siempre sobre el problema de lo colectivo versus lo individual. Las ideas utópicas han tratado de definir la importancia de lo primero por encima de lo segundo. Se ha hablado de la colectivización en términos que van desde la imposición social de modelos rígidos hasta la concertación y el cooperativismo. En el fondo, ese sigue siendo un problema fundamental en las ciudades y en las sociedades humanas. El espacio público es uno de los campos en los que este problema se evidencia. Pero el problema de lo público va más allá de disponer de calles, andenes y plazuelas. Hay algo mayor, que es el sentido mismo de la sociedad humana. ¿Existe realmente un sentido de sociedad en el mundo contemporáneo? ¿Es sólo el agregado conflictivo de intereses individuales? ¿Hay algún sentido en hablar de sociedad en un mundo regido por empresas multinacio-

nales y potencias bélicas? Las respuestas son vagas e imprecisas.

Hace un siglo se perfilaba en el mundo un futuro promisorio. La economía capitalista se ofrecía como el espacio de la libre iniciativa, la competencia y el enriquecimiento ilimitado. Las ideas socialistas atacaban ferozmente ese esquema con una visión apocalíptica del futuro humano manejado por aquél. Como alternativa ofrecían el modelo de una sociedad igualitaria en la que la colectivización haría el papel de mediadora de todos los conflictos suscitados por la posesión de los bienes y de las estructuras de producción. Al mismo tiempo el avance de la ciencia abría campos inéditos en el conocimiento del universo, del planeta, de la naturaleza, de la sociedad y del ser individual. La técnica avanzaba vertiginosamente en todos los frentes y los inventos se sucedían unos a otros. Una nueva vida se ofrecía en dos paraísos diferentes, el uno el del capitalismo con su oferta de una existencia llena de promesas y satisfecha mediante el ejercicio ilimitado del consumo, razón de ser del individuo; el otro el del socialismo con su promesa de una condición igualitaria y un reparto equitativo de las posibilidades de subsistencia.

Hoy, un siglo después, ambos paraísos se presentan bastante maltrechos. La virtual desaparición de uno de ellos y el consecuente triunfo momentáneo del otro se interpretan muy superficialmente como la demostración de una verdad histórica, de un destino inevitable. Todo ello a pesar de las evidencias desastrosas de la acción del capitalismo salvaje, que al lado de sus innegables avances en ciencia y tecnología deja la huella de la destrucción



El puerto de Manao.

en un planeta contaminado, una distribución exageradamente injusta de la riqueza, una cultura de masas mediocre, la instauración de la violencia como mecanismo político y la reducción de las opciones de vida para la mayoría de la población del planeta. La demostración sistemática del fracaso del socialismo no oculta del todo el fracaso del capitalismo como alternativa para la humanidad.

Hoy no se trabajan ideales de ciudad sino explicaciones racionales de aquello que ha sucedido en el entorno urbano. No hay muchos ideales de sociedad. El neoliberalismo es un proyecto económico retardatario cuyo modelo social se desdibuja en un sinnúmero de falsas promesas de prosperidad para todos. De ahí la imposibilidad de construir utopías urbanas orientadas por un

proyecto de futuro, puesto que ya se llegó al *fin de la historia*. Pero el asunto no se limita únicamente a una decisión de tipo político o a la espera del resurgimiento del socialismo en la próxima oscilación del péndulo histórico. El futuro humano no se resuelve de manera tan fácil; los problemas trascienden los límites de un proyecto político-económico basado únicamente en el utilitarismo y la codicia o en la propiedad de los medios de producción. El pensamiento utópico es necesario, no ha perdido vigencia.

En todo esto hay algo interesante. El mundo del capitalismo se propone hoy a sí mismo como la única *realidad* posible. Lo demás es utopía. Pero cabe preguntarse: ¿no será el capitalismo una utopía más? A lo mejor la verdadera realidad se encuentra más allá de sus fronteras.



El puente de Cuauhtémoc.